

Militarismo de boquilla

Ejército y carlo-alfonsería.

Si, mucho militarismo el de los neos, los carlistas, los mauristas y los plutócratas explotadores; pero no por su casa. Es sorprendente el afectado amor al Ejército de los carlistas, que siempre lo edificaron de muerte, y de los neos, que le profesan la misma inquina que la Iglesia católica. Fingen venerarlo para atraérselo y tenerlo a su favor contra la masa de españoles robada, oprimida y escarnecida por ellos: he ahí el secreto.

Pero si llega la hora de hacer algo personalmente por los militares, entonces sale el carlista indecente que todos llevan dentro, y dice, desabrido: «¡A otra puerta!».

Ejemplos bien expresivos de esta miserable conducta se han visto ahora en la provincia de Valencia, cuyos carlistas se deshicieron en rastros y ruidosos homajes al Ejército, por ellos tan odiado; mas en cuanto llegó la ocasión de cumplir con él, siquiera sólo a tenor de las leyes, se negaron como lo que son, unos falsantes egoístas.

He aquí el relato de lo sucedido, que tiene mucha substancia:

«Apenas llegados a Carcagente los jefes y oficiales que forman el Tribunal militar, el presidente, teniente coronel D. Plácido Fernández, de la zona de Valencia, se dirigió al Ayuntamiento que se le había designado, que era el domicilio del ex presidente de la Diputación Provincial D. José Alberola, carlista de abolengo.

Al llegar allí no fue admitido, diciéndosele que se encaminara a la Fonda del Comercio, en donde tendría alojamiento.

El Sr. Fernández marchó a la fonda, y en ella tomó una habitación.

Poco después, fue a visitarle D. José Alberola, quien le rogó que dispusiera de su casa, porque creyeron que se trataba de un oficial, añadiendo que tenía su casa a su disposición.

Fay que tener en cuenta que en casa del señor Alberola se le había dicho primeramente al teniente coronel que la familia tenía que marchar unos días fuera de la población.

D. Plácido Fernández contestó al Sr. Alberola que no iba a su casa de ninguna manera; que se hallaba ahora en la suya, puesto que pagaba la habitación que ocupaba y que tenía el gusto de ofrecerle.

Terminó diciendo el Sr. Fernández que en el Ejército, con vestir el uniforme, eran iguales dignos de atención un teniente coronel y un oficial.

El Sr. Fernández se hallaba después en el Casino del Comercio, y allí fue a verle una persona, quien le manifestó que el Sr. Alberola estaba arrepentido de lo que había hecho y que se proponía ir a por él en un coche, a lo cual contestó el Sr. Fernández asegurando que no pensaba aceptar el alojamiento que ahora se le brindaba, y se marchó a la fonda, repitiendo su frase de que tanto vestía un teniente coronel como un segundo teniente.

Al capitán D. Arsenio Fuentes le ha ocurrido lo mismo que al teniente coronel Sr. Fernández.

Se le había destinado a la casa de otro carterizado carlista, D. Bautista Sebastián. Se dirigió a ella, tampoco fue admitido, y se fue también a la Fonda del Comercio.

A un oficial de Caballería le ha ocurrido lo propio.

Hasta aquí los hechos; comentarios, pocos; sólo brindamos la lectura de aquéllos a todos los enemigos de los republicanos, incapaces en ninguna ocasión de cometer actos de tal naturaleza y de una grosería tan inaudita.

Recordádselo solamente por el Ejército y por Valencia el contraste de esta conducta con la observada siempre, tanto en los paseos militares como en las maniobras, por la gente del pueblo.

Este, careciendo de todo, fue respetuoso, entusiasta, deferente y hospitalario.

La llegada de una columna a cualquier población ha sido recibida siempre con aplausos, con alegría y vítores. La masa se disputó el albergue de los soldados, las puertas se abrieron de par en par, y no faltaron ni obsequios, ni deferencias, ni carinos.

Al partido conservador y al carlista pertenecen los que realizaron la grosería; amigos de Crespo Azorín y de Simó son los que negaron su mesa y su casa a caballeros representantes del Ejército.

Tomen nota éste y el conde del Serralvo y no esperen que uno solo de los periódicos de tales matines formule alguna crítica por Valencia el contraste de esta conducta con la observada siempre, tanto en los paseos militares como en las maniobras, por la gente del pueblo.

Un rumor.

Por Carcagente circuló ayer el rumor de que los oficiales que componen el Consejo de guerra, detenidos por lo sucedido al teniente coronel Sr. Fernández, habían decidido enviarle los padrinos al Sr. Alberola.

No haya miedo que acepte; es católico y sacará su catolicismo a relucir; es catolicismo que se empeña en que el Ejército ponga la bandera nacional a los pies de los curas que llevan en andas del Sacramento para que la pisoteen; el catolicismo que aprueba la ley de Alojamiento; pero... que la observe el pueblo; los curas y los señores, no; ¡y mucho militarismo!

Igualmente se conducen esos neos con el clero mismo. Si llaman a un cura para que diga misa en sus casas le hacen entrar por la puerta de los criados. Resulta que es un clérigo de alto copete? Le piden permiso, diciendo: «Creíamos que era un capellán sin categoría.» Como si no fueran todos sacerdotes.

No habrá olvidado el Ejército las desatenciones y despegos de los plutócratas de Bilbao cuando las tropas fueron a protegerlos contra la indignación de los obreros. Y así siempre, porque la Restauración lo quiere. No tienen ella y sus neos la culpa.

GACETILLAS

Un nuevo libro de Ferraux.

Ferraux y su proceso en las Cortes.—Véase el anuncio en cuarta plana.

Los vecinos del último trozo de la calle de Ferraz solicitan nuevamente al Ayuntamiento de Madrid se digne ordenar la colocación de adoquinos y bocas de riego en dicha calle y que se hagan cumplir las buenas reglas de higiene tan necesarias en la vía pública como para el interior de las casas.

Bueno sería, y de gran acierto, que la Junta de Sanidad decretase se hiciera una visita a dicha calle y casa para corregir muchos abusos que se cometen en perjuicio de la salud pública.

Cuando la anemia y clorosis van acompañadas de dispepsia, se curan con el Elixir Estomacal de Saiz de Carlos, porque aumenta el apetito, auxilia la acción digestiva, el enfermo come más, digiere mejor y hay mayor asimilación y nutrición completa, siendo además reconstituyente y tónico.

La defensa Social, excomulgada

Plancha enorme de ese Centro

Los lechuzos de la Defensa Social mandaron a uno de los badulaques asalarados para soportar que les sirvan de pantalla que denunciase en el Juzgado del Hospicio un artículo inserto en *El Motín* y firmado con el nombre de nuestro compañero el padre Ferrándiz.

En concepto del siervo denunciante el artículo contenía cuatro blasfemias consistentes en otros tantos calificativos aplicados a San Ignacio de Loyola, institución intangible tanto más que el rey desde que manda Canalejas. «Cuatro blasfemias, y calificadas así por un pobre mozo que, si le mandaran detener la blasfemia, se vería hecho un ovillo, porque no sabría ni el Catecismo.

Muy bien pero el artículo en cuestión iba en *El Motín* (16 de Noviembre) copiado de *El Radical* de 22 de Octubre; los neos de la Defensa Social lo habían leído, porque andan siempre buscando las vueltas al padre Ferrándiz, que los estorba lo indecible; pero no lo hicieron denunciar hasta verlo copiado en el semanario de Nakers.

¿La razón? Que *EL RADICAL* corresponde a un Juzgado que les gusta poco a esas avatares cuyas preferencias se dirigen al Juzgado del Hospicio, cuyo juez pertenece a la Defensa Social y al carlismo; es agente o cosa así de un Banco pontificio y fue testamento de la viuda vieja que, embaucado por los agustinos, les dejó sus bienes para que edificaran el convento de la calle de Lagasca.

Si hubieran denunciado el artículo original su presunto autor habría comparecido ante un juez no tan gordo para los neos. He ahí todo. Según nuestras noticias, se daba tanta importancia al simple juicio de faltas procedente, que el Juzgado consultó el caso con la Superioridad; la condenación era segura. El martirio denunciante asalarado pedía un castigo especial para cada adjetivo aplicado a San Ignacio; cuatro delitos en un solo artículo: una enormidad.

En la insania epiléptica con que esos neos proceden, no lo habían leído, sin duda, el artículo, más que a saltos y de prisa, puesto que no vieron que los cuatro calificativos, delictivos a su juicio, no los empleaba el autor del artículo: estaban con otros muchos más en el notable libro *Miguel Servet*, de Pey Ordeix, cuya reseña bibliográfica era lo que allí se hacía. Por eso el autor escribió:

«Para Pey existen grandes semejanzas... entre el malvado y sanguinario Catilino y el tal y cual (los adjetivos denunciados) de San Ignacio de Loyola».

Para Pey, el articulista no calificaba al santo: refería la calificación del autor del libro y de ella lo menos duro; ahí están las páginas del libro, desde la 120, para probarlo. Esto es lo que no vieron los de la Defensa Social; esto y otras cosas muy sencillas, con las cuales se encontraron y tropezaron en el acto del juicio, que resultó de lo más gracioso y singular imaginable.

No le fue necesario al padre Ferrándiz, cuando habló, entrar en el fondo de la cuestión, que era teológica pura, y después de dilucidar si era o no el autor del artículo que llevaba al pie su nombre, tratar la cuestión de lo que es blasfemia y cuándo, y el punto concreto de si él la había proferido; no: no hubo necesidad de llegar ahí.

Nuestro amigo se presentó solito, sin abogado, ni testigos, ni nadie, ni nada; vestía de negro y llevaba el atrezo clerical. Oyó tranquilo la lectura de la acusación, y luego su repetición por el abogado de la Defensa Social, un jovencito muy distinguido en su porte y que fue muy breve en el alegato.

El padre Ferrándiz comenzó por recusar simplemente al Juzgado. Caso de ser él el autor del artículo, como no lo había publicado en *El Motín* ni autorizado su copia, sino en *EL RADICAL*, donde, entre paréntesis, no había excitado el celo de los de la Defensa, debería haber sido denunciado ante el juez del distrito en que radica nuestra imprenta, no ante el del Hospicio.

En este Juzgado se pudo citar a *El Motín*, y si del juicio resultara probada la autorización del autor para publicar el artículo... etc., pero al autor, nunca. Y sucedió que dicha autorización no pareció ni era posible que los de la Defensa la conocieran si hubiera existido y que presentaran como, en efecto, no lo nombraron siquiera.

No le era procedente otra recusación: la del juez mismo, en concepto de miembro de la Defensa, que hacía la acusación por mano de un subordinado suyo. Mas no había necesidad de ir tan lejos, teniendo a mano nuestro *páter* un recurso con que allí nadie había contado; a saber:

Recusar a los jueces civiles por ser el sacerdote, en pleno goce del privilegio del fuero y del canon, y que existe de comparecer en los Tribunales laicos, más aún si se trata de causa teológica.

Alegó las generales del derecho canónico y en especial la Constitución de Pío IX, *Apostólica Sedes*, de 1869, en su capítulo VII, donde se decreta la excomunión mayor en que incurran, *ipso facto*, los que lleven a un clérigo, cualquiera que sea su condición, a Tribunales laicos. De esta excomunión sólo puede absolverse el Papa. Un decreto aclaratorio del Santo Oficio, de 1871, remata este clavo, declarando que nunca un clérigo podrá ser llevado a Tribunales civiles como reo.

Pero en la práctica se habían dado criterios y conductas diversas, hasta que en 11 de Octubre de 1911, decreto calentito, Pío X, en un *motu proprio* para toda la cristiandad, ha prohibido terminantemente que los legos residen en los clérigos, sean quienes fueren, en Tribunales seculares, y continúa en el decreto de Pío IX. El padre Ferrándiz leyó, traducida, la parte dispositiva de este *motu proprio*.

Movimiento de profunda extrañeza; el abogado se pone rojo como una ginebra; el juez y los adjuntos se miran: aquello no lo esperaba nadie.

¡Holá! ¿Conque este cura liberal alega su condición eclesiástica? ¿Conque dice, pues lo dijo o será digno o indigno, y dispareará o no de mis superiores; el clero y yo sabemos nuestras cuentas; pero soy eclesiástico, tengo esta exención y a ella me acoyo; compareceré, pues, ante un Tribunal diocesano si me cita, y allí se verá si soy autor de ese escrito y si he blasfemado: será la primera blasfemia de mi vida?»

Además dijo que los acusadores habían necesitado para llevarlo allí el permiso escrito de la autoridad eclesiástica: así, Pío X. Dicha venia no lo tenían, ni sabían que permiso sería, ni se acordaron del *motu proprio*. Es decir, que nos ha cogido entre puertas.

Si, señores: ¿qué se habían creído? ¿Conque soy clérigo para las duras: no poder casarme, estar excluido de toda posición civil, no ser elegible para diputado, etc., etc., y no he de serlo para las maduras? ¡Poco a poco!

El acusador no chistó; el abogado, tampoco; representaba a una institución católica, y no podía rechazar un decreto pontificio, ya vigente en todo el mundo católico, ni aún bajo pretexto registral de no haber obtenido aquí el *pase*, pues el regalismo está condenado por la Iglesia. Al juez le sucedió lo mismo; es ultramontano ferviente, y habría querido en mal lugar con sus neos... no había salida en aquel Juzgado.

Entonces el abogado, preguntado por el juez si retiraba la acusación, respondió que la mantenía, pero sólo contra *El Motín* por haber copiado el artículo. El recurso era sobre y sobre.

so; pero no quedaba otro, y así acabó el acto, muy felizmente para nuestro *páter*. Ahora ya se puede decir: la Defensa Social de Madrid y su testafiero están excomulgados con excomunión mayor, reservada al Papa; esto sí que es indiscutible.

Ha sido el primer efecto causado en España el *début* por el *motu proprio* de Pío X, hecho mirando a los clérigos españoles, sin imaginar que al primero que iba a favorecer sería a nuestro *páter* compañero. ¡Es chistoso!

Y respondemos de la autenticidad y exactitud de este relato, porque presenciaron todo el juicio dos redactores de esta Casa. ¡Buena plancha la de la Defensa!



Al padre del rey de Servia lo han robado la cabeza. Bien es verdad que ya no le servía para nada, porque ya había mucho tiempo que el príncipe Karageorgewitch tenía.

Los periódicos y las gentes se indignan por esto, que llaman profanación; pero es que no piensan en que mucho peor hubiera sido que se hubieran llevado la de su hijo, el actual rey de Servia. ¿Dónde se colocaría el rey Pedro la corona o el gorro de astracán blanco si le quitaban la cabeza? El uniforme habría resultado incompleto, y ya sabemos que la única justificación de la existencia de un rey es que se viste unas veces de coronel de Infantería; otras, de marino, y otras, de cazador.

Por lo demás, a los monarcas no les hace falta ninguna la testa, y la prueba es que muchos tienen sobre sus hombros una cobolleta, y esto no les estorba para reinar.

Pero yo me pregunto: ¿para qué querían los ladrones la calavera del príncipe Karageorgewitch? Yo no voy en esto intenciones políticas revolucionarias. Un revolucionario no se entretiene en quitarle la cabeza a un cadáver, sino que trata de apoderarse de la de un monarca vivo precisamente para convertirlo en cadáver.

No habrán sido los ladrones unos sabios naturalistas a quienes les faltaban para su colección un cráneo real? Todo pudiera ser: acaso teniendo la calavera de un avarado, la de un gorila y la de un negro de Santo Domingo quisieran compararla con la de un príncipe creyendo que había de tener muchos puntos de semejanza. Pero si es así, resulta que todavía tendrían la colección incompleta, porque en la precipitación se dejaron olvidado un maxilar. Y los maxilares en los reyes es hueso que se desarrolla enormemente...

El solo nombre de Roquette intranquilizó ayer a los señores diputados.

«¿Quiéren llevarse 25 millones francos?»—gritaban desde todos los bancos.

«Justicia, guardias, jueces, prisión para Roquette!»—pedía a grandes voces M. Dolahay, diputado monárquico.

Y lo mismo en el centro que en la izquierda, en la derecha, el gallinero legislador se sintió atemorizado viendo cernirse sobre ellos la sombra del águila Roquette.

«Admirable hombre! Ante su barba rizada y sus ojos azules, no hay avaro que eierre su bolsa. Fascinados por su palabra, pobres y ricos piden (arso para entregarse sus dineros. Lo mismo en Francia que en España, el genio de ese arte maravilloso para apoderarse de lo ajeno con la voluntad de su dueño que se llama el «arte de las finanzas», supo llevarse los millones y quedar en libertad.

Pero ¿quién pensó que el genio podía permanecer inactivo? Acaso se creyó un momento en la coledad de Napoleón? Roquette no podía dejar en reposo sus ejércitos de efímeros y de agentes de Bolsa sin lanzarlos de nuevo contra el ahorro, contra el dinero guardado a costa de privaciones y sufrimientos. El genio ha sacado un nuevo estandarte, el empréstito del Paraguay. Y apenas la flamante bandera ha ondeado, tres millones de francos han acudido prorrumpiendo.

Para evitar que los 22 millones restantes los imiten, los señores diputados gritaban ayer en la Cámara:

«¡Soorrot! ¡Guardias! ¡Gendarmes! ¡Gareol!»

Mas, ¡ay!, todo será inútil contra Roquette. Roquette lucha con un arma poderosa, inviolable: la avaricia de las gentes. Entre los estafadores es cosa sabida que no hay nada más fácil que dejar sin un ochavo a aquel que la sed de oro le acometió. La avaricia es planta que en estos tiempos crece lozana, y no hay ley eficaz para su extirpación. Y en tanto haya avaros, los estafadores tienen razón de existir, porque ellos son como balanza de compensación para que la moneda circule. ¿Qué es la Lotería española sino la estafa oficial que pone la avaricia a tributo?

Yo admiro a Roquette, y desde aquí le deseo muy prosperidad en el año que entra.—JAVIER BUREO.

LAS GUARNICIONES DE CEUTA Y MELILLA

El presidente del Consejo de ministros ha recibido los siguientes telegramas, respectivas contestaciones a la salutación que aquél hiciera a las guarniciones de Melilla y Ceuta.

Son ya conocidos los textos de los telegramas del Sr. Canalejas.

«MELILLA. Capitán general a presidente del Consejo:

En nombre de todos los generales, jefes, oficiales, expreso a V. E. nuestro reconocimiento por los conceptos que en su telegrama de hoy emite respecto de ellos para quienes la aprobación de su conducta con la patria, a la que dedican todos sus esfuerzos hechos tan elocuentemente por V. E., constituye un nuevo estímulo en el cumplimiento de sus sagrados deberes respecto de ella».

«CEUTA. Gobernador militar al presidente del Consejo:

En nombre de todos los generales, jefes, oficiales, expreso a V. E. las más expresivas gracias por su afectuoso saludo, que respetuosamente le devolvemos con la expresión del más profundo agradecimiento por el elevado concepto que le merece esta fuerza, orgullosa hoy con las mercedas frases de elogio que V. E. le dedica.

Larrea ascendido.

Hoy ha firmado el rey el ascenso al grado de general de división a favor de Larrea.

Con esto se propone el Gobierno encomendar a los generales Aguilera y Larrea los mandos de las dos divisiones que operan en Melilla.

Queda, por tanto, vacante la Jefatura del Estado Mayor de aquel Ejército.

Grande es el número de generales que solicitan substituir al Sr. Larrea, pero hasta el presente nada se ha decidido sobre este particular.

El temporal en Melilla.

Los últimos telegramas particulares daban cuenta de haberse desencadenado en Melilla crujidísimo Levante.

Por esta circunstancia, el buque que conducía las fuerzas de Lusitania, y con ellas el infante D. Fernando, se ha visto obligado a volver a Málaga. Allí permanecerá hasta que el tiempo abandone y sea posible efectuar el desembarco de tropas y ganado.

LA CONSTITUCION DE AYUNTAMIENTOS

EN MADRID

Ayer mañana se reunió el Concejo madrileño en sesión extraordinaria para despedir a los ediles que cesan en sus cargos y recibir con solemnidad a los designados para substituirlos.

Aparte de los incidentes producidos en la tribuna pública por ser materialmente imposible que en ella pudieran estar todos los que tenían deseos de presenciar la sesión, ésta se deslizo entre fórmulas de rúbrica, discursos de bienvenida y de despedida y propósitos de enmienda, sin más relieve que los que le dieron los Sres. Alvarez Aranz y Argente.

El primero, tomando nota del descrédito que pesa sobre el Ayuntamiento madrileño, hizo votos para que la persona del alcalde—éste, otro, el que fuere—represente siempre los prestigios de su autoridad y la del Ayuntamiento todo, cuyos prestigios—dijo—no parecen hoy por parte alguna. (Alocución est. Sr. Francisco Rodríguez; la minoría conservadora, acudida por el Sr. Alvarez Aranz, viene pegando).

El notable publicista Sr. Argente, recogiendo el guante arrojado por el Sr. Alvarez Aranz, saludó muy afectuosamente al alcalde y abordó la cuestión financiera con la suficiente notoria que tiene en asuntos de esta naturaleza. El déficit obedece a falta de ingresos. Esto, que parece una perogrullada, es una conclusión técnica a la que se ha llegado mediante un estudio concienzudo de la Hacienda municipal. El déficit obedece a falta de ingresos y no a sobra de gastos. De aquí que no sea perogrullada lo afirmado por el Sr. Argente.

Partidario entusiasta de la supresión de los Consumos, dijo que consagrará toda su gestión a la defensa de esa reforma y que luchará decidido hasta llegar a la supresión de los arbitrios sobre las carnes frescas y saladas é inquilinatos.

«¿Qué quedará de la ley votada por los amigos políticos del Sr. Argente si se suprimen esos arbitrios? No quedará nada, y será preciso una nueva reforma más eficaz que la realizada hasta ahora. Se la encuentra todo hecho, sin embargo, el nuevo concejal liberal.

El proyecto de republicanos y socialistas, susceptible de las mejoras que quiera introducir en él el Sr. Argente, sería la salvación de la Hacienda municipal y la única forma práctica de acabar con los Consumos. Pero la Cámara de la Propiedad urbana le saldrá al paso al Sr. Argente y éste fracasará en su noble empresa; la ocultación de riqueza—la que no es posible tener sin que se consumen las esencias—ciega también la fuente de ingresos en forma que acaba por desperdiciar a todo el que con buenos deseos ponga mano en la regencia de dicha Hacienda.

El problema de las subsistencias será también objeto de la atención del joven y estudioso edil, mediante la organización de un sistema de abastos, que tendrá la virtud de acabar con los intermediarios y de regular el mercado impidiendo el encarecimiento que determinan los acaparadores.

Celebraremos poder colmar de elogios al Sr. Argente, y deseamos que tenga mejor fortuna que los que fueron por el camino desu orientación.

EN BARCELONA

BARCELONA, 1.º Para la sesión de constitución del Ayuntamiento, la Autoridad había tomado grandes precauciones.

Celebrase la sesión en el Salón de Clero, y el sitio destinado al público se llena inmediatamente.

La mayoría de los concejales visten de frac, y el obrero frot de americana.

A las diez y media de la mañana comienza la sesión bajo la presidencia del Sr. Soskes. Una Comisión de ediles antiguos sale a buscar a los electos, y el alcalde les entrega las insignias, pronunciando un discurso de honrosos levitados.

Después hablan el Sr. Serrallera, por los radicales; el Sr. Abadal, por los regionalistas, y el Sr. Lluhi, por los nacionalistas, diciendo el último que declina toda clase de responsabilidades por la forma como se constituye el Ayuntamiento, asegurando que sus años votarán en blanco.

En nombre de los concejales salientes hablan el Sr. Calén, radical, y el Sr. Zañer, nacionalista, que se despidieron de todos sus compañeros.

Una Comisión de los concejales nuevos acompaña a los salientes hasta la puerta del Consistorio.

Acto continuo se suspende la sesión para ponerse de acuerdo y designar a los que han de elegirse para ocupar las Tenencias de Alcaldía.

Los regionalistas se manifestaron intransigentes respecto a excluir de los cargos a los radicales.

Estos se mostraban decididos a quedarse con cinco Tenencias de Alcaldía, dando el resto para las minorías.

En efecto: la primera vara la obtiene el señor Mir y Miró, radical, por 20 votos.

El regionalista Abadal alcanza 5 votos, y el blanco hay 11 papeletas, agudando el público calurosamente el resultado de la votación.

Queda proclamado el Sr. Mir y Miró interinamente.

Para la segunda Tenencia de Alcaldía obtiene el nacionalista Vidal y Valls 15 votos y 31 en blanco.

Como ha sido designado en virtud de una imposición de los radicales, el Sr. Vidal se niega a aceptar el cargo, anunciando que utilizará todos los recursos imaginables para impedir que llegue a tener efectividad la votación.

Para la tercera Tenencia de Alcaldía obtiene el radical D. Jacinto Esteve 18 votos, y el resto en blanco, quedando proclamado interinamente.

Por los mismos votos queda elido y proclamado interinamente el radical Sr. Pich para la cuarta Tenencia.

Para la quinta es elegido el radical D. Angel Muñoz.

Para la sexta el radical D. Pedro Domenech. Para la séptima obtiene 15 votos el regionalista D. Gaspar Boreas, y el resto en blanco.

La octava vara se le adjudica al nacionalista Sr. Serra por los mismos votos, renunciando por los mismos motivos que su compañero.

La novena y décima vara se le adjudica a los regionalistas D. Ramón Riera y D. Ramón Pàmela por la misma votación.

La proclamación se ha hecho interinamente por no reunir los designados el número de votos que marca la ley.

Los radicales han acordado otorgar los distritos siguientes:

El Sr. Mir y Miró, el quinto. El Sr. Pich, el octavo. El Sr. Muñoz, el segundo. El Sr. Esteve, el séptimo; y el Sr. Domenech, el décimo.

Para la sindicatura ha sido proclamado el radical D. Alfonso Arduar, y como suplente, el nacionalista Sr. Ferrer.

En una de las votaciones se encontraron juntos en la presidencia para emitir su voto el izquierdista Sr. Orriol Martorell y el maurista Sr. Garriga Coll.

Este, en tono de reproche, dijo:

«¿Quién había de decirnos los cuatro años, cuando estábamos juntos en las jesuitas, que habíamos de encontrarnos aquí?

Ambos sonrieron, y no pasó más.—CASTELLÓN

CASTELLÓN, 1.º El nuevo Ayuntamiento ha quedado constituido provisionalmente.

Seis Tenencias de Alcaldía han correspondido a los republicanos.

Los republicanos protestaron contra el nombramiento de algunos por real orden.—ERNADEZ.

EN VALENCIA

VALENCIA, 1.º Esta mañana, a las diez, se ha verificado el acto de constituir el nuevo Ayuntamiento del ceremonial acostumbrado.

Como es sabido ha sido confirmado el cargo de alcalde Luis Bermejo, quien preside la sesión.

Según la noticiosa facilitada en el C. B. Civil, la distribución de cargos se ha por el siguiente orden:

Tenientes de alcalde: Primero, D. Francisco Banquells; segundo, D. Francisco Amat; tercero, D. Manuel Redes; cuarto, D. Ricardo Ibáñez Sánchez; quinto, D. Manuel García Durán; sexto, D. Simón Casanova; séptimo, D. Juan Bautista Garbí; octavo, D. Santo Alcega; noveno, D. José María Albors; décimo, D. Pablo Meléndez.

Síndicos: D. Frasco Jorro y D. José Cubells.

Inspector de Saed, D. Antonio López. Cargos para la castración política del conglomerado carlo-décata-ciervista liberales cinco; conservadores cuatro; carlistas tres; de la Liga, uno.

EN LECIRA

VALENCIA, 1.º Ayer se constituyó el Ayuntamiento de LECIRA, confeccionado por el asombroso demeta D. José Canalejas y Méndez en provecho del diputado conservador del distrito, C. Azorín, y de las caciques a sus órdenes.

En aquella hermosa población es gande el disgusto que produce ser otras las autoridades que manifiesta el estado de guerra en la provincia, tal y no pasara sin mérgica protesta el indigno tropel canaleja, que ha puesto una ciudad liberal y republicana de abuelo bajo el dño de conservadores y carlistas.

Según se nos asegura, el Ayuntamiento se constituirá en la



Ayuntamiento de Madrid